

Teresa Gómez Trueba y Ruben Venzon (eds.), *Grietas. Estudios sobre fragmentarismo y narrativa contemporánea*, Berlín, Peter Lang, 2022, ISBN 978-3-631-87811-8, 354 páginas.

Hondo  
en la grieta de los tiempos.  
(Paul Celan, *Cambio de aliento*)

Que la vida iba de fragmento uno no lo empieza a comprender tan tarde. El exceso domina hoy nuestra realidad; no solo por el inmenso caudal de niveles narrativos en los que se expande, sino por el modo en el que estos desestiman fronteras y rechazan toda jerarquía semiótica. La literatura, nada ajena, ha venido explorando un modo de a(r)mar las piezas y los restos del gran *big bang* hipermoderno. La afirmación simultánea de fractura y de conexión sugiere una experiencia humana compartida, cuyo relato es incompleto, como si los textos abriesen la puerta hacia mundos imaginarios cuyas criaturas representasen más que la suma de las partes, pues cada una de ellas es capaz de hablar por sí sola.

Nuestra literatura, cada vez más expandida y *enredada*, transita entre las fallas para construir, con los sedimentos, nuevos modos de narrar el mundo. Convencidos se encuentran Teresa Gómez Trueba y Ruben Venzon, editores de *Grietas. Estudios sobre fragmentarismo y narrativa contemporánea*, que fijan el objetivo de estas narrativas no en «representar el resquebrajamiento de un mundo que antes fue íntegro [...], sino un mundo en el que lo múltiple y lo heterogéneo aparecen de manera espontánea, renunciando sin nostalgias a una totalidad inaprensible» (p. 13).

Las reflexiones aquí recogidas incentivan el debate acerca de una escritura que acepta «lo roto como unidad esencial» (p. 15). La apertura epistemológica flexibiliza el discurso académico en busca de una hermenéutica precisa para el abordaje de textos que evitan las taxonomías, que se resisten al formalismo y que apuestan por la diseminación de enfoques, por una fragmentariedad con fundamento ético. Lejos de entenderse como una puerta de entrada al relativismo, el volumen da un paso adelante desde la diversidad y la disidencia, desde la tensión y las limitaciones de un debate contemporáneo.

El primer socavón lo protagonizan varias «poéticas». Se asoma inicialmente a la grieta Vicente Luis Mora con «Discontinuidad y fragmentarismo en la prosa hispánica actual: relectura de dos modos de entender la estética de la disgregación narrativa». Propone una nueva distinción entre «discontinuidad» y «fragmentarismo»: escrituras donde los fragmentos no construyen unidades quebradas *vs.* escrituras en las que sus partes aún huelen a unidad. Frente a la segunda, la primera supone ruptura y su intención es destruir estéticamente la unidad discursiva. A las obras de Mora y de Fernández Mallo dedica Roxana Ilasca «Técnicas de fragmentación en la narrativa contemporánea: hacia una poética reticular en las obras de Agustín Fernández Mallo y Vicente Luis Mora». Asumiendo el salto epistemológico de la disgregación posmoderna a la *reticularidad*, superando por tanto el *rizoma* o el *mosaico*, la autora aborda la discontinuidad en busca de una nueva topografía estetizante del mundo, una red narrativa compleja que invita a una lectura detenida. En los vericuetos culturales de la red se adentra Wolfgang Bongers para analizar las relaciones entre lo analógico y lo digital. Reviviendo las nociones de Derrida y de Deleuze, en «Párergon y diagrama: figuras de una estética de dispersión y fragmentación digital en la literatura y las artes contemporáneas» se constata cómo cierta literatura ofrece una reflexión crítica sobre la algoritmización del mundo y visibiliza la diseminación y la quiebra de las lógicas digitales y su influencia en la significación.

Por su parte, Teresa Gómez Trueba estudia en «Narrativas fractales o una mera cuestión de escalas: la “bolañomanía” y 2666» las diferentes lascas (para)textuales de la novela del chileno. Aborda, en clave de fractal y de caos, la estructura narrativa (circular) de 2666, pues en ella reside la capacidad para simular o asumir varias lecturas y para ocultar el centro de su sentido; según cada escala, podremos interpretar la relevancia de cada parte o del todo para los procesos significativos. En «Trazos y trazas de la forclusión: poéticas del tajo contemporáneas», Francisca Noguerol proyecta su «poética del tajo» a narraciones contemporáneas que utilizan el fragmento para transmitir la «forclusión» de sus personajes. Haciendo uso de diversas estrategias (el *narrador trapero*, el *palimpsesto dinámico* o la *escritura forense*) varias obras demostrarían la efectividad de una escritura suspendida, que dice ocultando, que es deudora del fractal de sentido y que convierte la escritura en territorio hostil. Cierra Elide Pittarello con «Mundos inadecuados en la narrativa española del siglo XX», donde dibuja «una constelación de ficciones con grietas» (p. 129) que desafían al *logos* y sabotean la verdad epistemológica; de Gómez de la Serna a Marías, pasando por Unamuno, Sánchez Ferlosio, Aub o Martín Santos. Pittarello recorre la disolución de la literatura, cuyo embrión se gesta con la disgregación del sujeto metafísico, y transita de la *mise en abîme* al *montaje intermedial* o al *collage* genérico.

Los «estudios» que componen la segunda sección evidencian la estética propia de una existencia radicada en los fragmentos. Álvaro Luque Amo analiza en «Fragmento y escritura ensayística en el diario literario: el *Salón de pasos perdidos*, de Andrés Trapiello» el carácter dual de una escritura íntima que no renuncia a la experiencia estética de lo vivido e incide en la dimensión productiva del acto creativo. Trapiello instala en la cotidianidad, argumenta Luque Amo, un pensamiento en marcha con el fragmento como motor narrativo para construir una obra literaria contemporánea. Más adelante, María Victoria Albornoz atiende en «*Kentukis* de Samanta Schweblin: ¿novela o serie de relatos integrados?» a la dualidad genérica de la obra y su estructura fractal, acorde con la realidad representada: una compleja red (des)conectada de identidades. Señala cómo los fragmentos se entrelazan para reproducir patrones y destacan la delicada condición alienada y solitaria de nuestra contemporaneidad; y también cómo ello permite cuestionar la lectura que nos impone esa tecnologización frenética. Sobre la invasión del entorno y las posibilidades creativas de la red habla Blanca Miguel González en «Ficción invasiva y redes sociales: narrativa multimodal *online*». Obras como *Alba Cromm* o la «tuitera» de Manuel Bartual le sirven para constatar el uso del fractal, de la pluralidad de voces, perspectivas y medios, y de la interrupción discursiva, asociados hoy a la red, como estrategias narrativas para la (re)construcción de un relato hecho añicos.

La expansión *multimodal* constata la necesaria fusión de fronteras discursivas para construir relatos exigentes. Cristina Ruiz Urbón, en «Estrategias de fragmentación en la apropiación y el plagio: *El hacedor* de Borges vs. *El Remake* de Fernández Mallo», analiza, desde la comparatística, las condiciones apropiacionistas, y no plagiarías, de la obra de Fernández Mallo, destacando el rendimiento del resto para nuestra cultura de *mezcla* y el peso estético del fragmento. Céline Pegorari, por su parte, explora en «Los poemas en las biografías gráficas de poetas: una discontinuidad sin ruptura diegética» las relaciones entre palabra, imagen y vida, y las formas en las que agrietan el pacto referencial. El inserto de poemas en las biografías gráficas, señala Pegorari, sirve de contrapunto al relato vivencial y afecta a la continuidad narrativa, quebrando la relación palabra e imagen que los poemas plantean, y crean desconfianza en lo representado.

Guillermo González Hernández aborda cuestiones afines en «La narrativa gráfica chilena del siglo XXI: entre la estructura y la estética fragmentaria», considerando la viñeta como unidad simbólica de la narración y como elemento desestabilizador de la lectura.

Varias obras chilenas recientes prueban la productividad de la fragmentación para reapropiarse de la memoria histórica. Estas exhiben las deformaciones cotidianas e inciden en la discontinuidad de un discurso generador de «vacío significativo» (p. 188). También Andrea Elvira-Navarro, en «Memoria versus obra: estrategias de fragmentación en la actualidad a partir de *Anatomía de la memoria*, de Eduardo Ruiz Sosa», con el pretexto de analizar la novela en todos sus niveles, destaca los visos políticos del fragmentarismo. Del uso de citas y epígrafes, de la elipsis o de la hibridez genérica surge una literatura comprometida; del carácter global e inmortal de esta, su efecto catártico o su poder para cuestionar los discursos establecidos.

En esta línea deambulan dos trabajos sobre Isaac Rosa. «El relato de la violencia en *El vano ayer* de Isaac Rosa: una memoria subversiva y fragmentaria de la dictadura franquista», de Maite Goñi Indurain, profundiza en varias estrategias: el multiperspectivismo; el uso de la metaficción para cuestionar los relatos del trauma y la violencia; y la reflexión metaliteraria como crítica a la narrativa de la memoria hegemónica, convencional y equidistante. Reivindica así la eficacia de la novela para mostrar las virtudes y los problemas de hacer memoria. Claudio Moyano Arellano, por su parte, estudia en «El fragmento como forma de subversión: *La mano invisible*, de Isaac Rosa» las motivaciones políticas de una estética fragmentada capaz de dinamitar tanto la estructura narrativa como las expectativas del lector. Señala cómo, a través de diversas estrategias (la variación de los puntos de vista o las incongruencias discursivas de los propios trabajadores que protagonizan el relato), se funden fondo y forma para perturbar al receptor «y sacarle de una anestesia civil» (p. 283).

En un agujero se adentra también Javier Alonso Prieto con «Fragmentarismo y pluralismo discursivo subalterno en *Lectura fácil* de Cristina Morales» para explorar los usos fragmentarios del sometimiento. La disidencia estructural y discursiva de la novela, según el autor, se basa en la disgregación narrativa, en la mezcla de formas, formatos y voces. Esta retórica destaca la capacidad disruptiva de la literatura para promover una crítica al capacitismo y asistencialismo, pero también a las convenciones del género. Asimismo, Borja Cano Vidal atiende a la desorientación sistémica en «Fragmentos de un tiempo perdido: *Desubicados* de María Sonia Cristoff». Partiendo de la fragmentariedad formal, espacial e identitaria, Cano Vidal estudia el vagabundeo del personaje principal, del que se desprenden las posibilidades técnicas y estéticas de una digresión continua en una rutina hiperactiva. La novela hacer estallar lo sólido (el género, el espacio, la condición humana y el tiempo) para mostrar una nueva sensibilidad que (des)territorializa el entorno. Cierra esta sección el artículo de María Pilar Panero García, «Fragmentación narrativa y discurso etnohistórico en *Salvar el fuego* de Guillermo Arriaga», que explora el *collage* discursivo de la novela. Los tres planos narrativos, cifrados en varias voces, permiten abrir formalmente la escritura, incluyendo en el relato múltiples subjetividades que sirven de «*mise en abyme* de la mexicanidad» (p. 333), para explicar hechos sociales e históricos de vital importancia y construir una identidad.

De las grietas emergen múltiples monstruos esperando a darse la mano con nosotros. Con la teoría entre los dientes sube a la superficie Javier García Rodríguez para rematar, a modo de «epílogo», este volumen. Ensuciado por el *underground*, el autor enfanga positivamente el debate con «*Fragmento mori*: la parte por el todo y la (posible) falacia de la continuidad narrativa», una propuesta para el nuevo bienio (la vida renovada de un proyecto de investigación). Danzando sobre los márgenes, como es habitual, García Rodríguez agita las ramas del árbol fractal para mostrar una variedad de frutos narrativos que llevan la ruptura por bandera, que trascienden la página y que exigen nuevas y malabáricas lecturas. Nos encontramos ante una reivindicación de la armonizadora,

metonímica, pletórica, «eticista», hipertextual y teórica fragmentariedad, una herramienta vital, como dice el autor, para «lidiar con la insoportable fractalidad del ser» (p. 352).

Guillermo Sánchez Ungidos  
(Universidad de Oviedo)